

la adquisición para ella de la *Instrucción de la mujer cristiana*, que el gran pensador valenciano Juan Luis Vives compusiera en Brujas allá por la primavera de 1523 para la esclarecida señora doña Catalina de Aragón, hija menor de los Reyes Católicos y desdichadísima reina de Inglaterra.

En este famoso libro, que alcanzó boga extraordinaria en su época por el espíritu cristiano y la intransigencia frente a las normas sociales de aquel tiempo, el autor traza un retrato de la perfecta esposa, menos lírico y sugestivo que el de Fray Luis medio siglo más tarde, menos femenino y menos español, tal vez por hallarse influido de un excesivo rigor intelectual y de la frialdad puritana —casi calvinista— de la ortodoxia centroeuropea de los días iniciales de la Reforma e incluso de las brumas nórdicas que restan alegría y vivacidad a los sentimientos afectivos. Aun cuando la «leyenda negra» se haya obstinado en presentar una imagen de melodramáticos chafarrinones del catolicismo español, si se comparan los conceptos de Vives —ausente de España largos años y casi extranjérizado— con los de un Fray Luis español a machamartillo, se puede advertir la diferencia entre el concepto rígido y seco del maestro europeizante y el criterio flexible y jugoso del castellanísimo agustino.

A pesar de ello, el libro de Vives tiene plena vigencia en cuanto se refiere a la posición moral y social de la mujer en la vida familiar, a su aguda penetración psicológica y a su curiosísima teoría de los afectos. Como el resto de la producción de su autor, la *Instrucción* es un libro vasto, lleno de sabiduría, audacia intelectual, ingenio y geniales intuiciones. El gran humanista —de quien ha dicho Marañón certeramente que «la humanidad superaba al humanismo y la vida a la ciencia»— hizo oír su voz autorizada siempre que fué necesario alzarla para

defender y salvar altos principios, sin intimidarse ante los poderosos aun cuando se tratara del César Carlos V o del soberbio Enrique VIII de Inglaterra, a quienes dirigió numerosos escritos condenatorios de las guerras y otros desafueros. Su intervención personal, enérgica y gallarda, en la causa de divorcio de Enrique VIII y Catalina de Aragón, le valió severas amenazas y sanciones económicas del rey que —paradójicamente— acababa de recibir el título de «Defensor de la fe».

La *Instrucción de la mujer cristiana*, como ya te he dicho, alcanzó una gran difusión en toda Europa y sobre todo en España, no sólo a su publicación, sino mucho tiempo después. Olvidado su autor durante el siglo XVII, el XVIII le puso nuevamente de actualidad, y de su pensamiento sutil, sus inquietudes y sus observaciones surgió gran parte de la obra del Padre Feijóo. En nuestros días, el mundo celebró recientemente el IV Centenario de la muerte del sabio polemista hispano, educador de futuros cardenales, director espiritual de ilustres damas, abogado de monarcas y consejero de los hombres más eminentes, actualizando una vez más su figura y sus obras, de las cuales, lo mismo que antaño, la más reimpressa y leída ha sido este hermoso tratado en tres libros, que comprenden desde la crianza de la doncella en su niñez hasta los problemas de las segundas nupcias de una viuda, abarcando todos los aspectos religiosos, morales, familiares y culturales de la educación de una mujer cristiana, algunos enfocados con un sentido verdaderamente moderno.

Me da el corazón de que al adquirirlo para tu amiga y hojearlo, no perderás la oportunidad de comprar otro ejemplar para tu librería. Y harás bien.

Hasta la próxima, te saluda como siempre cordialmente

T. C.